

Abelardo Barahona

Barco de infancia

(CUENTO)



A única calle comercial del puerto aquel, con su color de tierra húmeda y su olor marino, se tendía largamente al sol. No era polvorosa; la brisa mojada y salobre la mantenía endurecida. Cuando yo echaba a andar por ella, desafiando alegremente la crueldad del sol norteño, a media tarde, entretenía mi ruta con breves visitas a mis conocidos, que iba encontrando cerca de las puertas de sus casas y tiendas.

Ahora, después de veinte años, suelo ver pasar esas caras en kaleidoscopio de recuerdos.

Primero el sol, que muerde la sequedad de las casas de madera, para que el viento—que como otro chicuelo juguetero se llevaba y viniendo entre la playa y la falda del cerro—haga sonar mejor la gemebunda música de los crujidos.

He ahí a don Pancho García, en su tienda, revisando el libro de ventas junto al mostrador; sobre la nariz, esos gruesos lentes que parecían aumentar su miopía, debiendo acomodárselos a cada momento, según lo que tuviese que mirar. Cuando oye pasos en la entrada, levanta la cabeza y me saluda preguntando por mi padre. Me habla un poco de sus últimos achaques,

observándome por encima de los redondos cristales, y se vuelve a sumir en sus interminables operaciones aritméticas.

Más allá, a pocos pasos, la verdulería de la señora Amadea, la «madama», como le decían, por su castellano lleno de silbantes sss. Está sentada en medio de su haber de coles, repollos, sandías y melones, llegados a muy alto precio, tan sólo ayer, en un barco de carga que arribó del sur. Con su gesto muy comunicativo, que consistía en encoger su dedo índice regordete, guiñando el ojo, me llamaba misteriosamente, y su vocecilla bondadosa me revelaba el gran secreto:

—Niñito, decidle a tu mamá que llegaron choclos. Decidle que se apure porque lueguito se van a acabar. ¡Son choclos del sur!

Y yo sigo adelante, repitiendo su encargo, muy preocupado de que no se me vaya a olvidar. Hasta que sale a mi encuentro Danilo, el hijo del yugoeslavo dueño del emporio, y me muestra un juguete nuevo: un pequeño vapor pintado, con hélices, quilla y timón. Recién se lo han traído. Es de los que navegan moviéndose por un mecanismo de cuerda. El lo ostenta y lo acaricia entre sus manos.

Mañana lo probaremos en las lagunillas que se forman entre las pequeñas rocas de la playa. ¡Hasta mañana!

Y así. Yo podía entonces seguir deteniéndome aquí y allá para conversar con mis otros conocidos de la calle comercial del puerto. Podía entrar a la casa del viejo Juan, el zapatero, a verlo agujerear las suelas nuevas y clavetear taquillas en los zapatos puestos en la horma. O visitar a Guillermo, el gordo que aún hasta hoy tal vez esté engordando tras el mostrador de la botica, con seguridad aburrido, en tanto que su padre, el farmacéutico, duerme la siesta. Guillermo podía regalarme, casi siempre, de esas verdes pastillas de eucaliptus, parecidas a los ojos de los lagartos que había en la falda del cerro. O darme una media docena de esas preciosas calcomanías de múltiples colores que llegaban para la propaganda de no sé qué remedio.

O mostrarme, simplemente, uno de esos trajes de baño, para niño, que en modelos de diversos colores habían sido traídos recién de la capital, que yo deseaba ponerme para ir por la mañana a la playa desierta, aunque no me lo admiraran sino los lentos alcatraces volando entre las peñas y las olas, o los gelatinosos guarisapos desde el fondo de las lagunillas verdosas, o los pocos barcos de carga surtos en las cercanías del muelle pobre.

Pero cuando yo pasaba por la calle comercial los días miércoles, a media tarde, no divisaba a nadie ni me detenía en ninguna puerta; cruzaba ante todos sin fijarme, pensando en un solo fin, poseído por un solo deseo, que dirigía todos mis pasos. Era un fin pequeño, pequeñito, pero suficiente por entonces para resumir ante mí todos los intereses de la vida. Miércoles era el día en que llegaban a ese puerto las revistas infantiles que se editaban en Santiago; sus nombres apenas los recuerdo ya. Miércoles era el día en que mis ojos podían ir a recorrer los anaqueles de la librería, que era la única del lugar, y descubrir, en la penumbra del interior, los tomos de aventura, cuyas tapas pintadas con portentosas escenas en tricromía, me hacían soñar casi todo lo que me podrían contar. Miércoles era el día, por último, en que mis ojos podían detenerse largo rato, con ingenuo asombro, en el rostro de la tímida morena sobrina del librero. Era ella una muchacha que solía divisarse de pie tras el mostrador, modosa y callada, atendiendo la venta de revistas.

La casa encargada en el puerto de la distribución de impresos, pertenecía a un señor Malví, extranjero, de grandes bigotes de comerciante, frente siempre nublada por escuetos pensamientos mercantiles, y anteojos ahumados, que más han contribuido sin duda a que se acrecienta en mí el misterio que rodea su estampa. Sus hijas ayudábanle a veces en la atención del negocio.

La casa era amarilla, de las pocas con dos pisos y mirador hacia el mar. En el primer piso estaba ubicada la librería, con

su vidriera donde se exponían útiles de escritorio, y su olor a papeles nuevecitos, a imprenta, a goma, a tinta, a empastaduras. Arriba, ¡oh!, arriba estaba la casa habitación de la familia, sus hijas, todas rubias, y esa prima morena que vivía allegada. ¡Cómo podía guardar tantas muchachas esa casa amarilla tan pequeña! Resultaba que sus balcones, los del piso alto, eran los más preciosos de todo el lugar. Yo, que sin duda podía ser apenas el galancillo más insignificante de la localidad, tenía esa impresión. ¡Cómo no la tendrían los otros, los mayores, que eran tantos!

Una de esas tardes en que yo caminaba apresurado a la librería por la calle comercial, cuando llegué al mostrador de la casa Malví y pedí mi revista, Sofía, la prima morena, que siempre estaba de pie frente a los estantes, como una reina en medio de un maravilloso reino de cuentos Calleja, cajitas de color y novelas de viajes, tuvo conmigo una deferencia sin igual: una sonrisa que en ningún rostro de niña había visto yo hasta entonces, asomó en sus labios y alegró su cara siempre un poco pálida y como nublada de melancolía. Sus grandes ojos que vivían aletargados bajo los párpados de obscuras pestañas, me miraron a través del extraño ensueño que los entredormía, y me tendió su mano, una mano pequeña, rellenita, cuyo peso y calor apenas pude apreciar en mi confusión.

Mentiría si me pusiese a contar lo que yo le dije, porque no le dije nada.

Cuando hube pagado los treinta centavos que valía mi compra, me retuvo un momento:

—Espérese, no se vaya. Quiero hacerle un regalo...

Permanecí frente a ella, sin saber qué me pasaba, viéndola volverse a buscar algo en unos cajoncillos. Su voz, ¿cómo sonaba? Queda vibrando en mi oído un murmullo extraño, acaso el del mar en los arrecifes de rocas lejanas, acaso el eco distante de un barco perdido en la bruma, cuando intento recordar ahora cómo sonaba su voz, pues nunca lo sabré en verdad.

Pude, sin embargo, ver por primera vez, con curiosidad detenida, cómo era Sofía. Se soltaba todos los negros cabellos a la espalda, anudándolos sólo con una gran rosa de cinta blanca. Así su frente se desnudaba, abriéndose como un horizonte de lejanía sobre sus ojos, cuyas cejas hacían recordar los signos que trazan las gaviotas volando en el confín del mar.

El peinado, el albo delantal crujiente de almidón, todo en ella era de niña perfecta. Por las mañanas se ponía su delantal blanco para ir a la escuela y para estar, más tarde, tras el mostrador de la librería; todas las mañanas, menos cuando era domingo, día de ir a misa, en que recuerdo haberla visto vestir un traje verde pálido, con un complicado juego de botones grises en el pecho. Le quedaba muy ajustado al cuerpo, tierno todavía, pero relevado ya. Usaba esos blancos calcetines de la infancia que suben la mitad de la pantorrilla, y esos charolados zapatitos negros, relucientes y livianos para el brincar sobre la cuerda que giraban sus amigas en los recreos del colegio, y en las tardes de juego en la azotea del mirador de su casa, desde donde se dominaba todo el pequeño puerto y el inmenso mar.

Más de una vez la había visto entrar a la iglesia con sus primas, tocada la frente con un velillo café que le cubría sólo hasta las cejas, dejando libres los ojos. Ojos que en una ocasión, mientras se detenía a santiguarse junto al pilón de agua bendita, me habían mirado medrosos, entre la hilera de muchachuelos endomingados que oíamos misa tan serios como los caballeros más viejos, en la penumbra de los pilares del coro.

Sofía hurgó en las cajitas de cartón, buscando aquello que iba a regalarme, y yo, entre tanto, sin hacer más que mirarla, recordé esa mañana de la iglesia. Me azoraba el sólo descubrimiento, secretamente deseado, de que acaso desde hacía algún tiempo ella pudiera preocuparse de mí sin que yo me hubiera dado cuenta.

—Aquí está... —dijo al fin, y volvióse. Al mirarnos, yo me sentí invadido por un rojo bochorno de chicuelo tímido. No

sé cómo nos miraríamos ni qué vimos en nuestros ojos. Lo único que pasó fué que ella, alargándome uno de esos diminutos tomitos de cuentos Calleja, en colores, que hoy los niños casi no conocen, me dijo:

—Tome... Se lo regalo. ¡Son tan lindos...! Yo los dejé de leer hace tiempo; pero a usted le gustan todavía ¿verdad?

Nada más. Yo salí como si algo muy grave hubiera ocurrido no sé dónde: en el cielo, en mi pecho, en el mar. Algo para lo cual yo no estaba preparado y que me consternaba. Los latidos de mi corazón no me habían dejado hablar. ¿Qué podía decir? Salí sin siquiera agradecer el obsequio, llevando el librito en mi bolsillo. No volví la cabeza. Pero me alejé, seguro de que ella se quedaba mirándome. Porque cuando ya en la calle, serenado un poco por la húmeda algazara del viento playero que correteaba, tuve valor para atisbar hacia el interior de la tienda de libros por entre los claros de la vitrina, aún estaba acodada Sofía en el mostrador, una mano en la cara, mirando hacia la puerta.

* * *

Fuimos por la mañana con Danilo a probar en las lagunas de las rocas el barco de latón pintado como uno verdadero, que tenía.

Las hélices funcionaban admirablemente con el mecanismo. Torciendo un poco el timón, se conseguía que el barco navegara orillando las peñas de la poza, y que no se fuera derecho a naufragar en ellas.

Pero yo poco me divertí. Deseaba partir en un barco grande y verdadero, como esos de carga que balanceaban de proa a popa sus anchos cuerpos alquitranosos, amarrados a las tristes boyas cubiertas por el estiércol de las gaviotas, en las cercanías del muelle solitario. Partir y volver al cabo de algunos años, con la voz gruesa y el cuerpo curtido, y dirigirme con mi tranco seguro, con mi balanceo, por la arena de la playa, por la calle

de la Aduana, a la librería del puerto y allí hablar claro con el viejo Malví acerca de Sofía, que por cierto me iba a estar esperando calladamente, con sus cabellos sueltos a la espalda y la cinta blanca con que se los anudaba, como los días miércoles de cada semana.

Danilo alborotaba entre las peñas, metido hasta las rodillas en las verdeoscuras pozas, que subían y bajaban de nivel a cada marea. Yo, trepado en el hombro de una roca, empapándome de viento salobre, contemplaba el mar, oía llegar confusos los gritos destemplados y gemebundos de las gaviotas, y sentía como que me iba a morir.

Puesto que me estuve toda la mañana al sol y con los pies mojados, volví a casa con fiebre. No pude ir, como de costumbre, el miércoles de la semana siguiente, a la librería. Hubieron de mandar de casa a buscar las revistas que yo no podía dejar de leer. Prisionero en la cama, con las amígdalas hinchadas, agigantaba mis males la tristeza de no volver a ver a Sofía. Las revistas trajéronme en su olor a papel nuevecito, a tinta, a imprenta, algo del lugar tan lejano donde ella estaba.

Y al domingo siguiente, ya en pie, mi madre me dijo:

—Arréglate, muchacho, y ponte la camisa blanca, porque vamos a salir de visita ...

—Yo no quiero ir a ninguna casa ... —creo que contesté pensando en los horrores de una tarde de domingo en casa de señoras que hablarían interminablemente de cosas del pueblo, que yo no podía entender.

—Mejor será que vayamos a dar una vuelta por la calle del centro ...

—Arréglate—continuó mi madre, sin tomar en cuenta mis observaciones. Iremos donde una señora amiga. Y péinate, porque van a estar casi todos los niños de las familias mejores. Tendremos que pasar también por la calle del centro.

Me arreglé y salí, con poco entusiasmo. Lo único que quería era mirar el balcón del segundo piso de la librería, donde acaso

podría divisar el rostro de la que tanto había visto en mis fiebres de esa larga semana.

Durante la enfermedad, luego que le conté a mi padre cómo me gustaba el barco de latón con cuerda que le habían comprado a Danilo, habíame regalado el gran viejo uno de la misma forma, con casco pintado a dos franjas, en rojo y negro; cubiertas, cámaras y todo el entrepuente en amarillo; gruesas chimeneas con franja en blanco y gris; eso sí que de mayor puntal, más eslora y mecanismo mucho más poderoso que el del yugoeslavito.

—Este podría muy bien hacerse a la mar y salir a desafiar las olas—dijo con su bronca voz de marino viejo transformado en burócrata de puerto, mi padre, al ofrecérmelo.

—Niño, lleva tu barco, que es tan bonito, para que lo muestres a los demás chicos—me recomendó mi madre antes de salir.

Pero a mí me pareció ridículo ir por la calle como un niño bobo con su juguete a cuestas, siendo ya como era, un jovencito por cuyo corazón empezaban a pasar tantas cosas que nadie sospechaba. Y me negué.

Cuando nos fuimos acercando al lugar donde estaba la casa amarilla de Malví, ya mi corazón se había puesto a latir con apresuramiento enfermizo. Pero cuando mi madre, sin haberme advertido, se detuvo a golpear precisamente a la puerta de esa casa ante cuyos balcones yo anhelaba siquiera pasar, un temblor calenturiento y una alegría angustiosa se adueñó de mí. Atiné, no obstante, a arreglarme la flotante rosa del corbatón y a ordenarme con la mano el peinado, quitándome ese ridículo y amuchachado sombrerillo de terciopelo que me ponían.

Una ligera ráfaga de voces de niños y niñas descendió por la escalera en cuanto la dueña nos abrió. Estaban jugando en el mirador. Era éste un ancho vestíbulo, en el segundo piso, con barandas a la orilla del mar. Mirando desde lo bajo de la escalera, me pareció un vestíbulo que colgaba del cielo. La dueña era una mujer rubia, bondadosa, que nos recibió abrazándonos.

Mi madre fué a sumarse a la tertulia de señoronas del pueblo que hilvanaban su parlanchineo sentadas en sillones de mimbre. Yo me sentí perdido y tímido en medio del alboroto de muchachos y niñas que corrían por el ancho mirador, abierto a los besos del viento impregnado de sales y sol.

Algunos que me conocían, se me acercaron .

—¿Verdad que te han regalado un barco con cuerda como el de Danilo?

Yo poco podía oír lo que se me preguntaba, atolondrado como me sentía por el bullicio del viento y los gritos, y por la sensación segura de que por allí se encontraba Sofía. Entre el alboroto de los grupos, divisé al fin su rostro, que estaba siempre un poco pálido, a pesar de la excitación del juego. Su pecho acebaba al final de cada carrera por el mirador, y era más turgente que el de todas, aunque no debía llevarles mucho en edad.

—¿Verdad que te han regalado un barco con cuerda como el de Danilo?—alguien volvía a preguntarme.

Apenas contestaba, empinándome para no dejar de mirarla.

—¿Sabes que deberíamos ir todos a la playa para hacer correr los dos barcos en la poza grande de las peñas del muelle? —Danilo me desafiaba.

—Bueno, pero mañana será.

Yo no sentía deseo de preocuparme de cosas de niños. procuraba seguir a Sofía a través del corro de chicuelas, entre cuyos chillidos su risa moderada, de muchacha formal, que se avergüenza de sus propias expansiones, sobresalía bajo, como la nota grave que suena a ratos en un bailecillo juguetero tocado en las notas claras de un piano. A ratos ella lograba encontrarme también, entre la agitada algazara.

Pero como mis amigos insistieran en el desafío de Danilo, acepté, y pronto se corrió la noticia de que bajaríamos a la playa a ver la contienda entre su hermoso barco y el mío, que nadie conocía. Las muchachas fueron a prepararse y todos los hombres me siguieron a la calle, Danilo a mi lado. Ibamos a buscar las

naves. Todo estaba tan cerca en aquel puerto y todo era tan pequeño, que así como de una carrera se podía ir de la falda del cerro hasta la playa, también se podía correr en el mismo tiempo de una casa cualquiera a la que quedase más distante.

Cuando los hombres estuvimos de regreso, ellas ya esperaban en la puerta, con sus pequeñas cestas y sus floreados delantales de playa o sus sombreros de paja de anchas alas, sobre las locas cabelleras; sólo Sofía igual, sencilla, como antes.

Fuimos a la poza más grande que formaban las olas encerrándose entre unas rocas altas que aquietaban el agua y donde las mujeres y los hombres viejos solían bañarse cuando estaba bravo el mar. Mi barco destacábase como un transatlántico junto al de Danilo, que parecía un humilde caletero de carga. Me había dejado llevar por la alegría y la vanidad, y cuando empezó el juego, casi no me fijé en Sofía, que un poco aparte me miraba con desprecio, como a un chicuelo.

Dimos la inclinación requerida a los timones, poniendo las naves una junto a la otra, con la ventaja para Danilo de que yo colocaba la mía junto a la orilla de las peñas, de manera que su recorrido tendría que ser más largo. Grupos de muchachas cubrían las rocas más cercanas, saboreando sus golosinas. Todo flotaba en ellas con el loco viento de la playa; las faldas, las cintas, los cabellos.

Pusimos yo y Danilo toda la cuerda a nuestras respectivas máquinas y el gordo Guillermo, con los pantalones remangados metido hasta las nalgas en el agua, lanzó el ¡ya!

Comenzaron los barcos a orillar la poza con dificultad. Más liviano, de menos estiba, el de Danilo tomó ventaja considerable, en tanto que el mío iba logrando carrera con lentitud, pesadamente, tal como los grandes vapores que demoran en salir del puerto para hacerse a alta mar. Pero pronto la marcha de ambos arreció; y entonces fué la de gritos de animación, la de chillidos agudos lanzados por nuestras amigas, afirmándose unas con otras para no perder el equilibrio sobre las rocas de

tanto reír y gritar. Las olas, entregando chorros de agua a la poza, formaban pequeños temporales que amenazaban hacer zozobrar las dos embarcaciones.

Pero la ventaja del barquichuelo de Danilo no podía durar. Desarrollando toda la potencia de su motor a cuerda, mi transatlántico de latón pronto le dió alcance. Entonces yo, sereno y seguro de mi triunfo, busqué a Sofía para descubrir en su semblante la sonrisa de aprobación que esperaba. Mas, su rostro fué el único en que no encontré nada de eso. Contrariada acaso por mi alegría pueril, aquella muchacha que tenía una tristeza y gravedad de verdadera mujer, volvía distraídamente sus ojos hacia el mar, perdida la mirada en la inmensidad del confín de las olas.

Cuando volví a preocuparme del juego, éste ya no ofrecía interés a nadie. La tensión de ánimo de todos se había relajado. Mi barco tenía sacada al de Danilo más de una vuelta de ventaja, y de mi triunfo ya no se podía dudar. ¿Por qué aquella contrariedad de Sofía? ¿Acaso admiraba más a Danilo y me odiaba por haberlo vencido? Deseché esa idea ingenua, que me hacía sentirme completamente infantil. Sencillamente a Sofía ya no le gustaban los juegos.

De pronto, risas y aplausos estallaron a mi alrededor; el barco de Danilo, habiéndole fallado la cuerda, se había detenido y empezaba a girar en un mismo lugar, como un casco náufrago; los muchachos se precipitaban para sacarlo, y otros, el mismo Danilo entre ellos, me rodeaban para pedirme prestado el mío, maravillados de la fuerza con que seguía navegando. Yo no sentía ya cariño alguno por él. Sin contestar, me alejé, dejándolo para que hicieran con él lo que quisieran. Me fuí a la orilla de la roca grande, cerca de donde estaba Sofía vuelta hacia el mar. Y por allí me senté muy meditabundo, para que ella viera que a mí también me gustaba más mirar las olas y sentir el viento y la pena que yo me imaginaba sentía ella al contemplar el horizonte del puerto.

Por último, ella bajó, separándose de todos los demás, y vino a sentarse cerca de la playa, a pocos pasos de la arena húmeda y alisada por la caricia de las resacas. Entonces yo, como distraídamente, me fuí acercando, haciéndome el que busca caracoles entre las piedras. Al ruido que éstas hicieron bajo mis pisadas, ella se volvió. Pero yo me hice como que no la había visto. Encontré un caracol precioso, de color caoba, con pintas amarillas, y de perfecta forma cónica.

—¡Qué lindo caracol! —dije en voz alta, como hablando con el viento, para que ella creyera que yo me imaginaba estar solo.

—¡Bonito?—contestó inmediatamente, como si yo la hubiera hablado. ¿A verlo? Y corrí hacia ella.

Lo tomó en su mano y sus dedos un poco pálidos lo tocaron como si lo acariciasen.

—Esto me lo voy a guardar—murmuró.

¿Para qué podía querer un pequeño caracol, cuando había tantos a lo largo de la playa? Entonces comprendí y pude decirle algo:

—Usted me dió un libro... que tengo guardado...

—¡Y ahora yo me voy a guardar este caracol...! —terminó ella, antes de que yo, como de costumbre, no me atreviera a completar mi pensamiento.

Callamos. Y Sofía se puso otra vez a mirar el confín del mar.

—¿Por qué se ha llevado mirando para allá...? —me atreví por fin. Siguió en silencio otro momento. Y sin dejar de mirar a lo lejos, con un gesto de pena en la frente, por cuya tersa tristeza pasó algo como el reflejo de una nube, dijo:

—No me gusta que juegues.

Ya podía hablar. Mirándola, a sus ojos, a su frente, que era como mirar la misma lejanía que ella estaba mirando, llegué a tocarle la mano.

—Seremos amigos. A mí también me gusta sólo el mar. Nunca más volveré a jugar.

Livianos bucles de cabellos negros se agitaban, alborotados por el viento playero, sobre su frente y en sus pálidas sienes.

Y estuvimos largo rato allí, sin hablarnos, en una comunión de deseos y de abandonos precoces del alma, que nunca más yo ni ella volveríamos a sentir.

Yo quise sellar esa tarde y esa revelación con algo que fuera como un juramento, como una entrega de la vida.

El viento destrenzó los cabellos de la tarde, derramando penumbras y vellones de oro por el cielo del puerto y sobre los rostros adustos de la rocas. A lo lejos se sentían los gritos de las muchachas, llamándose para regresar. Y del lado de la poza grande, la alegría, un poco languidecente ya, del juego prolongado de mis compañeros.

Los alaridos lúgubres que lanzan las gaviotas como espantadas de la noche que llega, agrupándose en garumas hambrientas de los peces muertos que les dejará la baja marea, surgían a ratos entre las rocas como gritos de náufragos. Y yo tuve una extraña y melancólica decisión.

—Sofía, me vas a esperar aquí. Quiero que nos recordemos siempre.

La baja marea daba en el atardecer una expirante suavidad de ondas a las olas que llegaban.

Corrí apurado a la poza donde quedaban unos pocos muchachos, pues ya habían empezado a retirarse, y les pedí mi barco. Poco costó recobrarlo, prometiendo que mañana lo prestaría, que lo tendrían todos los días, que en fin sería para cualquiera de ellos. Y volví.

Sofía me miró sin extrañeza. Algo empezaba a comprender. Y acaso su pensamiento coincidía ya con el mío, pues me recibió con ansiedad, como si estuviéramos a punto de hacernos cómplices de un secreto terrible.

Sin ponernos de acuerdo con palabras, maquinalmente casi, nos entregamos a nuestra labor. Ella cogió mi barco de latón entre sus manos y yo empecé a darle cuerda rápidamente, con

desesperación. Aquello era precioso, no podíamos esperar, más. Cuando esto estuvo hecho, ella se quitó sus charolados zapatitos de niña y esos calcetines blancos que le llegaban hasta la pantorrilla, y me tomó de la mano. Yo también estaba descalzo ya. Entonces caminamos lentamente, lentamente, hacia las olas, siempre contemplando el confín del mar.

La noche caía con una suavidad de tules enlutados y sentíamos en nuestras piernas los lengüetazos fríos del agua sombría. Ante nuestros ojos alucinados por la melancolía del crepúsculo del mar, se extendía una tenue tiniebla suspendida en la luz, que esfumaba los contornos de las cosas.

El agua comenzó a mojar el pequeño vestido de Sofía y la sentí tiritar.

—Ya está bueno—dijo, oprimiendo mi mano, oprimiéndola con extraño vigor. —Ya está bueno... Lárgalo ya.

Y yo puse mi barco, presto al viaje, en el lomo salado de una de esas olas que como perros húmedos venían a lamer nuestras rodillas. Y mi barco se hizo para siempre al mar.

Regresamos, sin soltarnos de la mano, a la playa, y sin dejar de mirar, a cada paso, hacia la lejanía azulina; hacia nuestra infancia que se iba para siempre, lentamente; que zarpaba por nuestra propia voluntad, voluntad de melancolía sin causa, de adiós, que como al destino de ese barco en que se fué mi niñez a naufragar, marcaría a nuestros destinos con el signo de la sugestión del mar.

Y continuamos alejándonos.

Yo me he seguido alejando, como aquella tarde, del barco de latón pintado como uno verdadero, en que, por ruta contraria a la mía, eché a navegar mi infancia. Pero ahora voy solo. Sofía no me trae ya de la mano.